

Fabián Herrero, **Federalistas de Buenos Aires, 1810-1820. Sobre los orígenes de la política revolucionaria**, Unla, 2009, 292 páginas.

En la América anglosajona, allí donde se ensayaba -en un espacio que excedía largamente el estrecho marco de las antiguas ciudades-estado- un diseño institucional capaz de fundar un gobierno y afincar una república que sobreviviera a las amenazas del despotismo y la anarquía, quienes fueron conocidos como “federalistas” impulsaban la creación de un gobierno fuerte y centralizado y se oponían a los que bregaban por preservar los vínculos laxos del arreglo confederal sancionado por la declaración de la independencia en 1776.

Esa misma denominación -“federalistas”- designa en este libro a quienes, décadas después en el extremo sur del continente, profesaron, sin embargo, las más de las veces ideas muy diferentes a las divulgadas en Estados Unidos por Jay, Hamilton y Madison. Los diversos actores, en los que en una suerte de rescate, el presente trabajo centra su atención son aquellos que, en algún momento del período examinado, enfrentaron los proyectos centralizadores impulsados por las sucesivas autoridades porteñas tras la ruptura del orden colonial.

Sobre la base de una variada y abundante documentación conformada por documentos públicos, proyectos constitucionales, fuentes judiciales y sobre todo una importante relevamiento de las publicaciones periódicas, esta interesante investigación -resultado de la tesis doctoral de su autor- se propone mostrar la presencia y complejidad de las “ideas” y “creencias” federales que circularon en Buenos Aires a lo largo de los tumultuosos acontecimientos ocurridos entre 1810 y 1820. Asimismo el autor procura revisar una mirada que considera dominante en los trabajos que se han ocupado de la política porteña en esos años: según ellos “la revolución es conducida por un círculo dirigente que desde la capital porteña intenta controlar a las demás provincias a partir de los lineamientos de la centralización del poder. Frente a ella surge el reclamo de los pueblos, su constante demanda de participación dentro de ese espacio de poder” (p. 11). Siendo algo “ajeno a la realidad porteña de los primeros años de la década” (p. 14) el federalismo no podía provenir sino de aquellas regiones o provincias -en un principio el Paraguay y la Banda Oriental artiguista- que resistían los esfuerzos de las administraciones porteñas por centralizar el poder y controlar firmemente el curso del proceso revolucionario

Para Herrero esta imagen historiográfica desestima el papel de aquellos actores que en la propia Buenos Aires, y sobre todo en coyunturas particularmente críticas (1815-1817 y 1820) tuvieron una destacada participación política y -expresando posiciones claramente identificables con el vasto complejo de motivos que conformaban el ideario federal- se transformaron en una alternativa real de poder.

Este esfuerzo por recuperar la importancia de las tendencias federales porteñas mostrando a la vez la complejidad de sus expresiones, en una etapa anterior aquella en que se tornan hegemónicas luego del ascenso de Rosas, discurre fundamentalmente por tres ejes.

El primero de ellos consiste en documentar la temprana circulación del “vocablo federal” en el espacio rioplatense. La literatura sobre la innovadora experiencia norteamericana es conocida desde los inicios de la revolución y hay alusiones a aquel vocablo en los escritos de Mariano Moreno, en algunas notas de *La Gaceta*, en documentos de la Junta y poco tiempo más tarde en las ideas divulgadas por los partidarios de Artigas en Buenos Aires. Los siguientes ejes constituyen los principales aportes del trabajo y aquellos sobre los que el libro ofrece un tratamiento más extenso.

El segundo eje se inscribe en una esmerada reconstrucción del modo en que los contemporáneos hacen uso de la terminología federal para mostrar cómo, lejos de remitir a un

único y exclusivo significado, aludía a nociones diferentes respecto como organizar el poder tras la crisis del orden colonial. Herrero identifica formas de empleo del vocablo federal o, más precisamente, de un conjunto de variantes léxicas adjetivales o nominales –federal, confederal, federalista, federaticio, federalismo, confederación, y similares- que, si bien son usadas muchas veces de manera indistinta e intercambiable por los contemporáneos, vehiculizan en las argumentaciones disímiles contenidos semánticos que expresan lo que el autor denomina “distintas vertientes federalistas”. Una de ellas remite a formas de asociación o unión entre comunidades políticas que oscilan entre la mera alianza y la confederación en la que los estados ceden parte de su soberanía en determinadas cuestiones y tienen representación en un cuerpo político que decide en cuestiones que afectan al interés común. La independencia de los estados miembros se manifiesta de manera muy evidente por el carácter de las resoluciones del órgano confederal que requieren para su sanción de la aprobación por parte de los cuerpos representativos de los estados miembros. El referente más frecuente en los testimonios presentados por el autor es lógicamente la experiencia estadounidense previa a la constitución de 1787 aunque no faltan las menciones a la confederación helvética, la república de Holanda, la confederación germánica u otros ejemplos del mundo antiguo.

Una segunda “vertiente” es la representada por el Estado Federal, fórmula política inaugurada por la Convención de Filadelfia en 1787, donde se admite una combinación de poderes soberanos. El poder central que representa la soberanía de la nación tiene jurisdicción directa sobre la población de los estados integrantes y es el responsable de la defensa militar y de las relaciones diplomáticas y comerciales con otras naciones. Los estados integrantes retienen poder soberano en ciertos atributos y facultades que no delegan en el gobierno central. Por un lado el poder legislativo nacional alberga en uno de sus cuerpos a los representantes de los estados cuya designación depende de las respectivas legislaturas y no de la elección directa del pueblo de los estados, estos poseen sus propias constituciones, pueden fijar determinados impuestos y, además de las milicias, poseen sus propias instituciones de justicia y policía.

Finalmente, el autor recupera de la polémica periodística una tercera “variante federal” que se informa de algunos de los preceptos desarrollados por Benjamín Constant en su obra *Principios de Política*. La reflexión de Constant expresa los reparos que dentro de ideario liberal suscita un Estado que en Francia -sobre todo tras las reformas napoleónicas- ha extremado la centralización del poder de un modo que amenaza las libertades. Lo que Constant defiende no es ninguna experiencia Confederal/Federal presente o pasada sino un federalismo “de nuevo género” que logre conciliar la eficaz acción de un centro de poder capaz de asegurar la seguridad interior y la defensa exterior de un territorio con la libertad de los individuos. Para ello propone fortalecer los poderes comunales mediante una serie de medidas orientadas a ampliar las administraciones locales en aquellas cuestiones que afectan directamente a sus poblaciones. Para Herrero, lo importante es que estas reflexiones constantianas son “apropiadas” en el contexto local e incorporadas a los debates entre quienes propugnan la concentración del poder y aquellos que promueven medidas para darle mayor autonomía a las ciudades y pueblos y una organización confederal o federal.

El último de los pilares en los se asienta el intento de reconstruir el relevante papel de las propuestas federales en los años examinados se concreta en una sugerente exploración de los “discursos antifederalistas”. A través del análisis de la tan abundante como poco estudiada producción discursiva que discute con las propuestas de orientación federal el autor identifica los temas centrales que son objeto de crítica con el objeto de determinar si lo que esa crítica impugna es el conjunto de aquel ideario o a alguna de sus disímiles expresiones.

Como señala el trabajo, la retórica que confronta con el ideario federal adquiere entidad en los momentos de crisis y como respuesta al peso que conquistan sectores que impulsan una de las vertientes federales que el trabajo explora. Durante los años 1816-1817 y en los primeros

meses de 1820 logran ascendiente aquellos que en la propia Buenos Aires reivindican el reconocimiento de los derechos de los pueblos e impulsan ideas confederacionistas. En la primera de esas fechas, luego de que las provincias y varios jefes militares rehusaran secundar las directivas del gobierno central, el Cabildo de Buenos Aires emerge como la máxima autoridad de la provincia. El cuerpo capitular, sensible a la nueva relación de fuerzas en la que los grupos centralistas están muy debilitados, busca entablar relaciones amistosas con las restantes provincias, incluida la Banda Oriental. Periódicos como *El Independiente* y *El Censor*, si no evitan la descalificación moral de los partidarios del federalismo –ambiciosos, imprudentes, locos- desarrollan también argumentos más sofisticados en favor de la república única e indivisible. En estos artículos, que recogen las reflexiones de los célebres *Federalist Papers* de Madison, Jay y Hamilton, se advierte que la fragmentación del poder disgregaría la unidad del Estado, debilitaría al conjunto de las provincias frente a agresiones externas y estimularía rivalidades entre los estados que, en ausencia de un fuerte poder central, conducirían a la anarquía.

De este manera, tanto el examen de las diversas expresiones federales como la reconstrucción de la profusa producción discursiva que discute con aquellas perspectivas obligan a matizar consideraciones como las de Dardo Pérez Guilhou para quien entre los contemporáneos "muy pocas veces se tuvo clara la conceptualización de qué era la federación" (p. 12). De acuerdo a lo afirmado por Herrero, en cambio, "las distintas variantes federales se postulan de modo coherente, quien la emite sabe de qué está difundiendo y divulgando. No hay voceros que ignoren sus elementos básicos y primarios" (p. 288).

Para concluir, este libro constituye un valioso aporte que podrá ser consultado con provecho por todos aquellos interesados en conocer en detalle la agitada vida política del decenio revolucionario que se reconstruye aquí a partir de las polémicas doctrinarias e institucionales respecto a la forma de organizar la nueva nación. En otro registro, sin embargo, el texto acaso invite a lecturas más sugestivas. Ciertamente, *Federalistas de Buenos Aires... se* suma a un conjunto de aproximaciones a la historia política que recientemente han valorizado el estudio de los lenguajes y el vocabulario político para el análisis de los procesos políticos, institucionales y culturales iniciados con la caída del poder español en el Río de la Plata y en el resto de antiguas colonias iberoamericanas.¹

Juan José Santos
(Instituto de Historia Argentina y Americana
"Dr. Emilio Ravignani", FFyL-UBA)

* * *

¹ Javier Fernández Sebastián: *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009 y Noemí Goldman (ed.): **Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850**, Buenos Aires, Prometeo, 2008. Véase también José C. Chiaramonte: **Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)**, Buenos Aires, EMECE, 2007.

Aldo Ferrer y Marcelo Rougier, **La historia de Zárate-Brazo Largo. Las dos caras del Estado argentino**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, 160 páginas.

En las últimas décadas, el Estado ha vuelto a colocarse como uno de los principales focos de atención de los historiadores y los científicos sociales en general. Desde mediados de la década de 1980, a partir de la crisis de los Estados de bienestar y los efectos que la misma tuvo en los paradigmas intelectuales de la segunda posguerra, algunos trabajos pioneros comenzaron a reclamar la necesidad de prestar una mayor atención al Estado como actor capaz de generar profundas transformaciones sociales. Esto fue de la mano de importantes modificaciones en las conceptualizaciones teóricas acerca del Estado, que dejó de ser contemplado como un instrumento de reproducción de las relaciones sociales de dominación de clase, para comenzar a ser visto como una arena de disputas en cuya construcción intervino una serie heterogénea de actores, dotados de desiguales cuotas de poder pero igualmente partícipes de aquel complejo y prolongado proceso histórico. Es al interior de esta renovación que debemos ubicar el texto que Ferrer y Rougier ponen a consideración del público. Editado bajo el sello de Fondo de Cultura Económica, “La historia de Zárate-Brazo Largo. Las dos caras del Estado argentino” posa su mirada en el accionar oficial en las décadas de los sesenta y setenta a partir del estudio en profundidad de la construcción del complejo ferro-vial que terminaría uniendo las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos.

En el primer capítulo del libro, sus autores realizan una breve descripción del escenario donde se levantaría dicha obra de ingeniería: la región mesopotámica. Usando como insumo algunos trabajos clásicos en la materia, Ferrer y Rougier realizan prolijo recorrido por la historia del espacio comprendido entre los ríos Uruguay y Paraná. Este afán por historizar se modula a partir de una idea fundamental: pese a ser un área tempranamente integrada al mercado internacional en su papel de proveedora productos agropecuarios, la Mesopotamia no dejaba de ser un territorio aislado, alejado de los grandes impulsos que habían dinamizado a la economía nacional. Para sostener este punto, los autores utilizan una serie de indicadores económicos que se destacan por su elocuencia: durante buena parte del siglo XX, las provincias mesopotámicas experimentaron una situación de estancamiento económico, su sector secundario no fue relevante en la generación de riqueza, su aporte al PBI nacional fue en picada y, como consecuencia de todo ello, se comportaron como polos expulsores de población.

Los siguientes dos capítulos de la obra se dedican a estudiar las formas en que el Onganiato se propuso integrar plenamente a la Mesopotamia al mercado interno. Para cumplir con este propósito, el libro trata de escapar de la comodidad del estudio de caso, insertando al complejo Zarate-Brazo Largo dentro de una serie de obras que buscaban generar el sustento básico para avanzar en la segunda etapa de la industrialización por sustitución de importaciones (por caso, rutas, puentes, centrales hidroeléctricas y usinas nucleares). Y este deseo de actualizar la infraestructura del país creó las condiciones para el reforzamiento de un actor que es estudiado con lujo de detalles por Ferrer y Rougier: la llamada “Patria contratista” o, lo que es igual, grandes empresas constructoras que manejaban a su voluntad la oferta de bienes fundamentales como el cemento o el hierro. Sobre este punto, resulta muy interesante el puntilloso rastreo que los autores hacen de los vasos comunicantes que unían a estas auténticas corporaciones con diferentes agencias del Estado nacional. Una muestra palpable de los mismos, dicen Ferrer y Rougier, fueron las ventajas que la licitación original de la obra brindó a la empresa que resultara adjudicataria, entre las cuales se destacaban subvenciones oficiales, ganancias garantidas y exenciones impositivas.

“Las empresas oferentes y las indefiniciones de la licitación”, cuarto capítulo del libro, se sumerge en el lado más oscuro del Estado argentino. Más allá de mostrarse a sí misma en el reverso de la supuesta lentitud de la gestión de Illia, el primer tramo de la “Revolución Argentina” no pudo evitar el retraso del comienzo de las obras en Zarate-Brazo Largo. Esta dilación, afirmar Ferrer y Rougier en un tono crítico, muestra a las claras ese “Estado impotente, atrapado por las redes de la burocracia y en los intereses particulares, incapaz de decidir, de impulsar el desarrollo y de defender el interés nacional” (p. 117). Esta aseveración es acompañada de una segunda que, aunque no está expresada explícitamente, sobrevuela la argumentación de la obra: el desgaste del Onganiato no solo fue provocado por la creciente conflictividad social, sino que también fue resultado de su incapacidad de enfrentar desafíos técnicos, como la construcción de obras ingeniería, que formaban parte de un discurso que se hacía fuerte en su defensa del “eficientismo”.

En sus últimos cinco capítulos, el libro adquiere un espesor decididamente biográfico. La gestión de Ferrer al frente del Ministerio de Obras y Servicios Públicos durante el breve mandato de Levingston, es utilizada por los autores como una mirilla desde donde observar una manera alternativa de pensar la economía nacional. Tomando distancia de aquellas miradas que imaginan a la “Revolución argentina” como un bloque homogéneo de ideas económicas, la obra toma nota de un giro en esta materia hacia 1970. Ferrer y Rougier resumen este viraje en una frase: “un enfoque ortodoxo de delegar en el mercado la asignación de recursos y, en definitiva, de la estructura productiva” es relevado por otro, claramente desarrollista, en el que el Estado es “aliado de la producción”, orientando “el mercado a los fines del desarrollo nacional” (p. 63). En ese marco, la obra de Zarate-Brazo Largo fue más que un laboratorio donde se logró evaluar la conveniencia de esta última perspectiva. Con la nueva licitación y la posterior construcción del complejo ferro-vial no solo se aplicaron ideas que sirvieron de preludeo al “compre nacional”, esa fórmula que intentaba generar eslabonamientos al interior de la economía argentina, sino también se brindó a los trabajadores involucrados una serie de beneficios que habían estado ausentes en obras de similar envergadura. Ambos elementos dan cuenta de la otra cara posible del Estado argentino; una que, de acuerdo a los autores, logró destrabar con solvencia un complejo problema burocrático y permitió en pocos meses poner en marcha “una estrategia de impulso al trabajo, la empresa y la tecnología argentina” (p. 117).

Podríamos concluir estas palabras con dos breves reflexiones: una en clave metodológica y la otra más teórica. En relación a la primera, no podemos dejar de mencionar la excelente sociedad que conforman un economista y un historiador cuando de producir conocimientos se trata: para el caso que nos ocupa, la atención que el primero brinda a la coyuntura es enriquecida y complejizada por la voluntad del segundo de rastrear en el pasado aquellas claves que permiten explicar el funcionamiento de la economía mesopotámica y la importancia estratégica de la obra. Con respecto a la segunda, resultan estimulantes las conclusiones a las que arriban los autores en relación al problema del desarrollo. En las últimas páginas del libro, Ferrer y Rougier señalan como condición indispensable para el fortalecimiento de un Estado desarrollista una burocracia enraizada en la sociedad; algo que por los continuos vaivenes políticos del país nunca dejó de ser una deuda pendiente. Este presupuesto, que rompe con aquella idea que asocia el éxito de la tecnocracia con su autonomía relativa, nos brinda algunas pistas para pensar un presente en el que el Estado que se posiciona en la economía luego de una década de recetas neoliberales. Por esta razón, y por muchas otras que exceden estas líneas, “La historia de Zárata-Brazo Largo. Las dos caras del Estado argentino” es un texto de lectura indispensable para los tiempos en los que vivimos.

Joaquín Perren
CEHIR-ISHIR-CONICET/Universidad Nacional del Comahue

* * *

Paula Bruno, **Pioneros culturales en la Argentina. Biografía de una época**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, 239 páginas.

Pioneros culturales de la Argentina de Paula Bruno da cuenta de la formación del espacio cultural argentino, desde la etapa que va desde la caída de Rosas, principalmente a partir de 1860, hasta la celebración del Centenario Argentino en 1910. El modo más habitual en el cual los estudios históricos y literarios intentaron desentrañar gran parte de ese arco temporal fue el de fijar sus avatares en la expresión “generación del 80”, de exitosa, y hasta ahora, incuestionable fortuna. Ejemplo acabado de prótesis conceptual, la noción de “generación del 80”, cumplió durante muchísimos años la función de englobar y dotar de sentido a las obras y recorridos vitales de un sinnúmero de escritores, científicos, periodistas y hombres de ideas en general, bajo un mismo manto hermenéutico, que por lo general dio preponderancia exclusiva a elementos “extraculturales”, como la clase social, la relación con el estado o la participación en política. Según esta mirada, las trayectorias de Miguel Cané, Lucio Mansilla, Eduardo Wilde, Julián Martel o Eugenio Cambaceres, por poner algunos ejemplos, habría circunscripto su campo de injerencia en ligación con el proyecto político de Roca, al cual habrían servido en calidad de “intelectuales orgánicos”, con altísimos grados de consustanciación ideológica y social. De esta forma, la historiografía y la crítica literaria, en similar medida, al mirar “desde arriba” la formación de la cultura argentina de finales del siglo XIX, tiñeron de cierta monocromía a un panorama signado por su carácter múltiple e incierto.

A contrapelo de esa mirada omniabarcativa, el libro de Paula Bruno se enfrenta con la formación de la cultura argentina del último cuarto del siglo XIX operando una serie de descentramientos y opciones críticas. La más notable, y principal, es invertir, o simplemente deshacer, el prisma de análisis consagrado, desestimando la subsunción simplificadora de la idea de “generación del 80”, partiendo de la reconstrucción biográfica de cuatro figuras destacadas de la época. En orden de aparición, en correspondencia con los cuatro primeros capítulos del libro, Bruno revisita el derrotero biográfico e intelectual de Eduardo Wilde, José Manuel Estrada, Paul Groussac y Eduardo Holmberg. De este modo, la aproximación biográfica como forma de inquirir las complejidades de una época, le permiten tomar distancia del modelo de análisis cifrado en la biografía meramente intelectual o política, para apostar a una historia social de los intelectuales que combina los trazos biográficos con sus interconexiones sociales y culturales. Es importante señalar además, que su apuesta por la complejidad, no proviene de la selección de casos extraños o marginales, a ese centro puesto en cuestión, sino del relevo de figuras de incuestionable importancia en su época. En este sentido, como sostiene Paula Bruno en la introducción: “los intelectuales elegidos ponen de manifiesto la diversidad constitutiva y el espesor de la esfera cultural en la que estuvieron inmersos”.

Los cuatro primeros capítulos del libro, como se dijo, toman por separadas las trayectorias de los pensadores seleccionados. La estructura de los mismos, sumamente compacta y de una erudición llamativa, se articula de manera similar: una pequeña introducción evocativa, acompañada de un epígrafe significativo, que por lo general recupera alguna mirada característica sobre el personaje en cuestión, seguida de cinco párrafos y una última sección titulada “Visión en perspectiva”, en la cual se sintetiza la inscripción múltiple del biografado desde sus comienzos como hombres de la cultura, hasta sus días finales. El trazado de los

perfiles de Wilde, Estrada, Groussac y Holmberg es llevado a cabo atendiendo a sus sociabilidades, su actuación como impulsores de proyectos editoriales, sus formas de inserción intelectual, la valoración de su obra escrita y su participación en debates públicos, así como también su desigual incorporación al proyecto político del roquismo. Este abordaje múltiple se sostiene en una cantidad igualmente diversa de fuentes, compuestas por las obras de cada autor, publicaciones periódicas, prensa comercial, diarios de sesiones de las cámaras de diputados y senadores, informes oficiales, que a su vez entran en diálogo con los escritos de otros contemporáneos como Bartolomé Mitre, Joaquín V. González, Martín García Mérou, entre tantos otros. Este enorme caudal de fuentes es cotejado a la luz de un número igualmente contundente de bibliografía general y especializada que, bajo los más disímiles puntos de vista, se han ocupado de los autores propuestos.

A guisa de ejemplo del tipo de análisis contenido en *Pioneros culturales de la Argentina*, para no agotar la lectura, esta reseña se detendrá en el primero de los autores trabajados en el libro, Eduardo Wilde. Nacido en Tupiza Bolivia, hijo de una tradicional familia tucumana exiliada durante el rosismo, fue un importante médico higienista y parlamentario en la Cámara de Diputados y en el Congreso Nacional durante la década de 1870. Asimismo, ocupó los cargos de ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública durante el primer gobierno de Roca y de ministro del Interior de Juárez Celman y estuvo al frente, entre 1900 y 1913, de varias delegaciones en el Exterior, entre las que destacan Estados Unidos y España. Fue también autor de numerosos relatos, escritos medico-higienistas, crónicas de época y diarios de viaje. Semejante *curriculum vitae* ameritaría que se lo pondere como representante arquetípico de la “generación del ochenta”. En diálogo crítico con esa mirada preponderante sobre la figura de Wilde –que sostiene como lugar común en que estaríamos frente a “un maquiavélico hombre de Estado al servicio del roquismo” a la vez que a “un diletante frívolo o dandi metido a político”– Bruno se sumerge en su biografía mostrando zonas grises, desazones y matices. Prestando atención a sus interacciones en sus primeros años en Buenos Aires, el libro destaca su acercamiento al periodismo, su promoción y cuidado por Nicolás Avellaneda y Lucio Mansilla, su mirada sombría sobre la Guerra del Paraguay y su paso por la Facultad de Ciencias Médicas. El análisis de esta etapa formativa, así como las siguientes, es acompañado con un sutil análisis de sus escritos en *La Nación Argentina* y *El mosquito*. El apartado titulado “Días de furor” se concentra en el despliegue de la figura de Wilde como actor relevante dentro del mundo médico, como crítico de los médicos que se volcaban a la política, como figura destacada durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, en un contexto de constantes problemas económicos y su primer cargo al frente de la cátedra universitaria. Con una precepción desencantada de las presidencias de Sarmiento y Mitre, Wilde se volcó a la política, compartiendo la cámara de diputados con Cané, Cambaceres, Almancio Alcorta y Mansilla. El tercer apartado, se detiene en los distintos cargos públicos, su posicionamiento como hombre de confianza de Roca y su destacada actuación en los debates que propiciaron la aprobación de la Ley de Educación (1420), defendiendo con ardor la secularización, en posiciones cercanas a Paul Groussac y Homberg, en contraposición con intelectuales católicos como José Manuel Estrada y Pedro Goyena.

La lectura propuesta por Bruno no consagra a la figura desde su lugar destacado, ya sea como político, médico o escritor, sino que lo recorre bajo el signo de la ironía y la tensión dramática. Todo el capítulo presta atención a las inflexiones y a los reacomodamientos. Los desplazamientos de Wilde y sus renunciaciones, permiten comprender mejor las dificultades de generar espacios para la cultura en la Argentina del cambio de siglo. Tras dimitir a su cargo de Ministro del Interior de Juárez Celman, en enero de 1889, los últimos años de su vida los pasó, salvo un breve interregno al frente del Departamento Nacional de Higiene durante la segunda presidencia de Roca, en el exterior, donde además de ocupar diversos cargos diplomáticos, llevó

a cabo una escritura que remarcaba su desorientación frente a un presente que se le mostraba esquivo. Sus impresiones sobre Europa, por el momento en que tuvo lugar, invierten el sentido habitual. Demasiado mayor y sin una mirada fascinada, sus escritos, según consigna Paula Bruno, demuestran las propias dudas de Wilde sobre su éxito como miembro del *staff* gobernante. La falta de rumbo –y de reconocimiento por parte de sus contemporáneos– decanta en un estado de desánimo que fue predominante hasta su muerte. En este punto el capítulo elabora una suerte de contraste entre Wilde y otros contemporáneos suyos, a partir del análisis de sus escritura autobiográfica, cuya obra saliente es *Aguas Abajo* publicado póstumamente. Una vez más la foto fija de la “generación del 80” se borrea si se contempla, como lo hace la autora, en espejo con las incursiones de Miguel Cané en el mismo género, ya que “*Aguas abajo*, no es un libro de memorias que encuadre referencialmente a los hombres de la camada a la que perteneció Wilde, como lo fue *Juvenilia* de Miguel Cané”. Finalmente, el capítulo cierra, con una puesta en perspectiva la actuación de Wilde a la luz del recorrido propuesto. Este tipo de aproximación de repite, atendiendo a las singularidades de cada caso, en la aproximación a las figuras de Estrada, Groussac y Holmberg.

El pasaje de la dimensión individual de ciertos actores destacados a una observación de carácter más general de la época se completa en el capítulo final, donde, como lo indica el subtítulo del libro mismo, la biografía pasa a ser la de una etapa de la formación de la cultura argentina. En este capítulo, Paula Bruno observa las trayectorias estudiadas en relación de entrecruzamiento con las coordenadas culturales de la época. Entre otras cosas analiza el papel jugado por los distintos presidentes (Mitre, Sarmiento y Avellaneda) en la promoción o acompañamiento de los primeros pasos de Wilde, Estrada, Groussac y Holmberg. Una vez más la lectura de estos vínculos arrojan resultados desiguales. La relación de los distintos presidentes dista de ser lineal o unívoca. Acto seguido Bruno estudia la forma en que “sus figuras” evaluaron a sus ancestros: Alberdi, Sarmiento o Echeverría. Este intento de desplegarse de la sombra de los mayores, también operó a la hora de pensar la relación de cada uno de los intelectuales analizados por Bruno. Así Wilde se distanció del *establishment* médico de su época, Holmberg se midió con la camada de científicos extranjeros, Estrada sólo encontró referencias temporales en la figura de su maestro de juventud Manuel Pintos, mientras que Groussac se percibió a sí mismo como pionero en su campo. El análisis de sus vínculos con la política ofrece resultados igualmente desiguales, resultando los mismos mucho más caracterizados por sus grados de tensión e interioridad problemática, que por su acoplamiento pleno.

Centrándose en el estudio mismo de sus acciones dentro del mundo de la cultura, el libro propone importantes puntos de observación para pensar a Wilde, Estrada, Groussac y Holmberg, ya que los cuatro fueron promotores de relevantes empresas culturales, como la participación e invención de espacios de sociabilidad, la edición de obras pioneras en sus campos y revistas. A su vez, se indican las formas en las que actuaron como mediadores y difusores de los desarrollos culturales que sucedían en otras latitudes, en calidad lectores, traductores y divulgadores. Una vez más, por lo múltiple del objeto trabajado, el libro traza una cartografía variada y heterogénea de los perfiles intelectuales culturales de la argentina entre la caída del rosismo y el centenario. Es por esta razón, en virtud de su originalidad y contundencia, que la investigación de Bruno constituye una obra de referencia insoslayable para repensar la articulación del mundo de la cultura en Argentina.

Un párrafo aparte merece la centralidad que tiene en la obra de Bruno la dimensión narrativa. Contener la multiplicidad puesta en juego, los distintos trayectos biográficos y sus puntos de intersección, la recomposición de una trama compleja y esquivada, hacen que el modo de narrarlo sea funcional a lo difícil del intento. Con una sensibilidad extraña en los textos de origen académico, Paula Bruno, escribe en una prosa inteligente, precisa y delicada, que no

desborda nunca los cauces de los temas tratados, sino que los contiene ajustadamente. De esta manera la lectura se sostiene tanto por el interés específico en el tema, del cual deviene obra de referencia, como por su propia calidad, y aunque no sea un objetivo declarado del libro, *Pioneros Culturales* interviene activamente en una zona poco problematizada de la creación historiográfica en Argentina, como lo es la relación entre escritura e historia.

Martín Albornoz
CONICET-UBA-IDAES

* * *

Flavia Fiorucci, **Intelectuales y peronismo. 1945-1955**. Buenos Aires, Biblos, 2011, 226 páginas.

Los intelectuales durante el primer peronismo han aparecido en los análisis historiográficos más como tópico genérico idealizado que como verdadero objeto de estudio. En tal sentido, se ha extendido una interpretación que coloca al grueso de la intelectualidad como enfrentada con los gobiernos de Juan Domingo Perón, y desde tal idea procede a entender las relaciones entre los intelectuales y el poder gubernamental. *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, primer libro de Flavia Fiorucci editado en nuestro país –previamente lanzó en 2004 *The Argentine Crisis at the Turn of the Millenium*, junto a Marcus Klein–, propone no sólo matizar tales miradas sino reformular ciertos criterios capaces de proponer nuevos abordajes a la cuestión. Como lo señala la autora desde la primera frase, “mito y realidad se entrelazan en los testimonios que describen la vida intelectual durante los años en que el peronismo fue gobierno”. El modo en que la investigadora del Conicet articula su trabajo, y las reconstrucciones de debates, espacios y prácticas intelectuales y gubernamentales brinda un marco adecuado para poder, entonces, desarmar ese cruce entre los mitológico y lo real.

El primer capítulo del libro, “La administración cultural del peronismo”, parte de la idea de “desarmar imágenes muy afianzadas sobre la relación que el peronismo estableció con la denominada ‘alta cultura’”. Así, la autora plantea el importante rol que para el gobierno debía ocupar la cultura, por medio de la creación de una Subsecretaría de Cultura que luego devendrá Dirección de Cultura, pero al mismo tiempo destaca que “la contradicción fue el rasgo distintivo de la gestión cultural”. Fiorucci marca dicha discordancia a través del estudio de dos períodos muy diferentes entre sí en el desarrollo de las actividades gubernamentales en tal área: por un lado, un primer momento en que el gobierno buscó ampliar los canales institucionales para intervenir sobre los espacios intelectuales, y cooptar desde allí a la intelectualidad; por otra parte, un segundo tramo en el cual, desde 1950 y en especial durante la segunda presidencia de Perón, el gobierno abandona progresivamente la política de cooptación para pasar a un enfrentamiento directo con gran parte de la intelectualidad. El fracaso de la primera de las etapas, donde según la profesora de la Universidad Nacional de Quilmes, fueron claves tanto la cerrazón de los intelectuales a que el gobierno intervenga en ámbitos que consideraban propios e independientes, como la incapacidad gubernamental de encontrar fórmulas y figuras de consenso capaces de atraer a la intelectualidad, explica el giro que iniciaría la segunda fase. En tal etapa,

el trabajo destaca la unilateralidad gubernamental que no llevó sino a aumentar el rechazo en aquellos intelectuales parados frente al gobierno. El campo de realizaciones efectivas en el área cultural, propone Fiorucci, se ligó a la integración simbólica de la población, pero privilegió zonas que distaron de ser atractivas para la intelectualidad, como lo patentizaron “las lecturas más apocalípticas sobre el impacto del peronismo en la cultura”.

“Los escritores en los años del peronismo: el caso de la Sociedad Argentina de Escritores”, es el segundo capítulo del libro. En él se estudia la conformación de la SADE y su paulatina politización dentro de una matriz ideológica binaria propia de los cánones de la Segunda Guerra Mundial, que leía la realidad nacional en términos de fascismo versus democracia, y que desde tal óptica interpretaría al peronismo. Sin embargo, como lo plasma la autora, en la SADE la llegada del peronismo al poder tuvo el efecto de “ralentizar la politización de los años precedentes”, en tanto los intelectuales que la conformaban optaron por una estrategia de despolitización como modo de supervivencia institucional. Sin embargo, otra estrategia fue también central para la SADE: el criterio de selección de los ganadores de los premios que la institución entregaba, como modo de posicionar las lógicas propias del campo frente a los criterios con los cuales el gobierno premiaba a autores y obras considerados menores y sostenidos por criterios de afinidad política. Así, Fiorucci rompe la idea de una SADE enfrentada directamente con el gobierno al tiempo que rescata una serie de concepciones que estaban en la base del asordinado conflicto y las estrategias con las cuales la institución actuó en aquellos años.

El tema del tercer capítulo, “Los intelectuales peronistas” es lógicamente inverso al anterior, en tanto aquí el foco aparece sobre la intelectualidad oficialista. Fiorucci señala que en el imaginario colectivo ha primado una imagen del peronismo como un gobierno antiintelectual, lo que forjó la idea de que un intelectual peronista aparezca como un oxímoron. Tales lecturas, propone la autora, han obturado a todo un conjunto de la intelectualidad que adhirió al peronismo, en una amplia gama que iba desde los nombres consagrados como Leopoldo Marechal a hoy olvidados intelectuales de pequeñas localidades del interior del país, pasando por un grueso de autores nacionalistas. De estos últimos, el sector ideológico que más intelectuales aportó al peronismo, el libro destaca por un lado las convergencias de aquellos de militancia católica de las de quienes se suman al peronismo desde una visión romantizada del 17 de octubre. Por fuera del espacio nacionalista, la autora estudia también el apoyo al peronismo de una serie de nombres del Partido Comunista, como Elías Castelnuovo, Nicolás Olivari y César Tiempo, quienes rompen con el alineamiento antiperonista del PC, que había formado parte de la Unión Democrática y caracterizaba al peronismo como fascista. Posteriormente, se estudian dos nucleamientos intelectuales peronistas, como la Asociación de Escritores Argentinos y la revista *Hechos e ideas*, que Fiorucci postula como estrategias de la intelectualidad oficialista de romper con la marginalidad a la que los sometía el resto de los espacios intelectuales y poder ejercer influencia en la vida pública. Pero tanto la institución como la publicación no lograron quebrar el extendido consenso antiperonista de la porción mayoritaria de la intelectualidad ni proveer al conjunto de intelectuales peronistas de una unidad ideológica efectiva.

“Lecturas en clave: representaciones contemporáneas del peronismo en la prensa cultural” es el cuarto capítulo del libro. En él se analizan las interpretaciones de un conjunto de publicaciones culturales, con una primera parte dedicada a la revista *Sur* y otro segmento a publicaciones que surgen durante el peronismo como *Expresión*, *Realidad*, *Liberalis*, *Imago Mundi* y *Contorno*. Con respecto a la revista dirigida por Victoria Ocampo, Fiorucci traza las lógicas que conformaron la visión de la publicación: una mirada elitista preocupada por el rol de las masas en la sociedad y un apoliticismo con límites muy marcados. De ahí que la autora escriba que “el grupo se proyectaba como una elite que tenía la *obligación ética* de defender los

valores de la civilización y en particular los de la vida intelectual si éstos eran amenazados por el devenir de la política”, y desde tal constatación logre encuadrar las intervenciones de los miembros del grupo, símbolo de la intelectualidad antiperonista. El estudio de las demás publicaciones permite a Fiorucci analizar cómo el surgimiento de nuevas revistas permite la articulación de un espacio de consenso antiperonista en los medios culturales, del que emergen dos muy distintas instancias: por un lado, el efectivo éxito de los intelectuales opositores por mantener su preeminencia en el campo frente a las iniciativas gubernamentales; por el otro, la disparidad entre las actuaciones opositoras de los intelectuales y sus representaciones del momento histórico que estaban viviendo, patentizadas en su escasa resistencia ante lo que entendían como una dictadura.

El quinto capítulo de la obra, “La crisis del consenso antiperonista”, estudia la caída del peronismo y reconstruye las actitudes de la intelectualidad opositora una vez acaecido en golpe de Estado de 1955. “Compromisos de última hora, pasados épicos” es el título de uno de los apartados y la fórmula que mejor define el abordaje de la autora sobre la intelectualidad opositora, en tanto “a partir de septiembre de 1955 el antiperonismo se convirtió en un valioso capital simbólico; por esto mismo, el fin del peronismo determinó una suerte de batalla dentro del campo intelectual”. A partir de tal idea, Fiorucci analiza por un lado a *Sur*, donde más fuerte se dio tal construcción de sentido, y por otro a *Imago Mundi*, *Liberalis* y *Contorno*, donde circularán visiones diversas, en ciertos casos más matizadas y en otros contrarias al mencionado imaginario. Finalmente, se estudia el ciclo que llevará “de la expectativa a la desilusión” con el gobierno autodenominado Revolución Libertadora y el complejo proceso en el cual una serie de intelectuales antiperonistas quedan atrapados en el paradójico atasco de justificar desde una mirada democrática el accionar de una dictadura, y la serie de debates que estas instancias generaron.

En el “Epílogo”, la autora se encarga de realizar un balance de lo analizado a lo largo de la obra buscando nuevamente matizar aquellas miradas míticas que relaciona con el imaginario común, destacando que “la mirada sobre el mundo de los intelectuales, sobre sus dinámicas, sus prácticas y debates nos devuelve una imagen más ambigua a la hora de evaluar el impacto del peronismo”. Por ello, Fiorucci marca la centralidad de un universo intelectual que, con el peronismo como eje del conflicto, “quedó dividido en dos microcosmos paralelos donde se daba una especie de acuerdo de orden tácito: había que evitar las reflexiones que pudieran comprometer los consensos alcanzados” en cada uno de los sectores, el peronista y el antiperonista.

La temática del libro ha recorrido la trayectoria académica de Fiorucci, en tanto ya en 1995 presentó “La revista *Sur* y el peronismo” como su Tesis de Licenciatura en Ciencia Política en la Universidad de San Andrés, y el presente trabajo es una versión de la que fuera su Tesis Doctoral en la Universidad de Londres, presentada en 2002. *Intelectuales y peronismo. 1945-1955* permite, entonces, abrir nuevos rumbos a la hora de entender las sinuosas relaciones entre los gobiernos de Perón y los intelectuales, partiendo de un estudio sobre una multiplicidad de instancias y actores no sólo durante los años peronistas sino extendiendo ciertas líneas hacia la conformación de las líneas claves que delinearón los espacios intelectuales, y articulándolas con las vicisitudes abiertas tras caída del justicialismo. De tal manera, *Intelectuales y peronismo* se transforma en un aporte central para entender de modo más profundo no sólo al peronismo y los espacios intelectuales argentinos, sino que brinda claves para colocar su objeto de estudio en un mapeo de más largo alcance a la hora de comprender las siempre complejas relaciones entre intelectuales y política.

Martín Vicente
(CONICET-UNGS/USAL)

* * *

Omar Acha, **Los muchachos peronistas. Orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955)**, Buenos Aires, Planeta, 2011.

En *Los muchachos peronistas*, publicado en la colección Historia Política Argentina de Editorial Planeta, Omar Acha se propone, como anuncia en el prólogo, recuperar a un actor casi borrado en la historia del primer peronismo: los jóvenes que adhirieron al movimiento durante el ascenso y los dos primeros gobiernos de Perón. Advierte en la misma sección el carácter polémico del trabajo ya que cuestionaría la versión mítica de que la legítima Juventud Peronista nació en 1957 luchando en la calle contra la represión de la Libertadora y que la que operó cuando Perón estaba en el poder no era sino una organización burocrática e inepta. Acha indica que su trabajo posee una dimensión política ya que “repensar críticamente el peronismo es en la Argentina una tarea política de primera magnitud. Lo es para nuestra generación como lo ha sido para las que nos precedieron.” Señala también que quizá no se adaptó demasiado a lo que se espera de un libro que estaría en principio destinado a un público masivo ya que incluyó abundantes referencias documentales y bibliográficas que el lector puede elegir dejar del lado pero que son imprescindibles para fundamentar una cuestión tan nueva y discutible. Aclara además que eligió, también en busca de rigor, apoyarse en documentación primaria más que en el “a veces engañoso” expediente de la historia oral e incluir con la misma intención fotografías tomadas de publicaciones de la época.

En el primer capítulo, “Ensueños perdurables de la Juventud Peronista”, se ocupa de qué dice la versión impuesta de la primera JP. El autor considera que algunos factores que contribuyeron a su olvido fueron: la fijación en la letra de las palabras de Perón, quien dijo en 1952 que triunfaría en la tercera elección gracias al voto de los que fueron niños durante sus primeros gobiernos; la insistencia de la épica partidaria en el niño peronista, retomada por la estética de artistas como Favio y Santoro, que reforzó la ausencia de una juventud del mismo signo; la asociación de lo juvenil durante el peronismo con la desprestigiada Unión de Estudiantes Secundarios; y las investigaciones académicas, militantes y periodísticas sobre el tema que ratificaron el borramiento. Pero esos factores no develan la causa principal del olvido, para el autor, “la invisibilización derivó de la eficacia inconsciente de un relato mitológico construido como herramienta de legitimación política en el seno de las divergencias en el peronismo”. Esa versión hegemónica y sesgada, funcional a un proyecto generacional, aparece condensada en el testimonio de un militante emblemático de la JP post 55, Jorge Rulli. Según éste, mientras Perón estuvo en el poder los jóvenes no pudieron participar de las manifestaciones obreras y cuando el líder fue derrocado asistieron a la traición de la burocracia del partido y de los sindicalistas. Hacia el 57 comenzaron a ensayar formas de lucha que luego se revelaron semejantes a la de otros movimientos revolucionarios. Figuras como la de Alberto Brito Lima que representaban a un sector de la JP que defendía la legitimidad partidaria fueron consideradas ajenas a un proyecto generacional que se quiso pensar como una formación política incontaminada.

En el segundo capítulo se enmarca la aparición de la juventud que apoyó al peronismo en la transformación de la sociedad argentina durante el período de entreguerras y más particularmente luego de la crisis económica y política de 1930 que aceleró las migraciones internas y la presencia de provincianos en las ciudades litorales y sus conurbanos. Y aunque la relevancia de la juventud puede rastrearse, para el autor, hasta la generación del 37, el protagonismo juvenil que coincide con el surgimiento del peronismo tiene la particularidad de extender la juventud a los muchachos de las clases populares, muchos de los cuales participaron en las manifestaciones que reclamaban la liberación de Perón. Pero éste no apeló a la juventud en la contienda de febrero del 46 aunque señaló al carácter juvenil de la clase obrera. Según Acha, para el gobierno peronista la cuestión de los jóvenes fue al mismo tiempo objeto de planificación, ensayo e improvisación. En el discurso del líder las referencias fueron confusas al concebir a la juventud como protagonista del futuro o fundirla con la infancia. En la práctica se propició sobre todo la participación de los jóvenes en actividades deportivas a las que se concebía como una suerte de preparación militar que funcionaba como propedéutica para el trabajo y la virtud. Los planes de Perón e Ivanissevich para la juventud eran parte de un proyecto más amplio que aspiraba a una nación cohesionada, católica y peronista. Se creó con esa intención la Unión de Estudiantes Secundarios, un proyecto masivo que a través de la práctica deportiva intentaba la forja de una nueva generación. Su despliegue a nivel nacional fue parcial y lento, no pudo competir con las organizaciones opositoras y fue además un blanco favorito del discurso antiperonista a partir de la relación de Perón con la alumna Nelly Rivas. Se constituyó también como parte de la política universitaria peronista de clara tendencia antirreformista, anticomunista y antiexistencialista, La Confederación General Universitaria una suerte de organización gremial, no política, que se ocuparía sobre todo de proveer materiales a los estudiantes. Sin embargo, advierte Acha, esas entidades como otras que creó el peronismo no deben pensarse como meros instrumentos impulsados desde el Estado para someter a la sociedad sino como parte de la configuración de una malla institucional proliferante que instauró una “sociedad política” en la cual las instituciones se interpenetraron y “sus habitantes devinieron nómades con múltiples implantaciones”.

En el tercer capítulo, Acha señala que la primera JP se abrió paso dificultosamente por la marcada verticalidad y organicidad del partido. Se comenzó a gestar a partir de algunas de las agrupaciones juveniles vinculadas a las fuerzas que acompañaron a Perón en el 46. Las actividades de la incipiente JP, insiste durante todo el libro el autor, fueron esporádicas y muy dependientes de las elecciones o de acontecimientos puntuales como la reforma constitucional. Una forma de asociación que se implementó y que ya habían utilizado socialistas y católicos, fueron los ateneos pero estuvieron casi exclusivamente dedicados a actividades culturales y deportivas. Se dieron por otro lado, plantea Acha, pocos lazos con la juventud obrera que fue además malograda por la disolución del laborismo y el familiarismo peronista. Algunos jóvenes estuvieron vinculados a la Liga por los Derechos del Trabajador fundada por obreros e intelectuales nacionalistas que publicaron revistas como *Latitud 34* y *Sexto Continente* en las que escribieron Jorge Perrone, Fermín Chavez, Luis Soler Cañas y Alicia Eguren, entre otros. Llegaron a organizar un Movimiento de la Juventud pero “fue borrado de un plumazo por decisión superior e inconsulta”. Acha distingue luego dos fases en el Movimiento Juventud Peronista que si bien tuvo alcance nacional no fue para el autor una organización política sino proselitista, de peronistas jóvenes y no de jóvenes peronistas. El MJP se inicia en 1951 en La Plata liderado por Priori Gordillo. En 1953 alcanza cierta visibilidad posiblemente por contactos con figuras de la segunda línea que aumentó luego cuando comenzaron a trabajar en apoyo a la candidatura de Teisaire. Se crearon delegaciones regionales y en 1954 se realiza la Primera Asamblea Nacional. Pero apenas comenzaba a cobrar cierta autonomía, el partido decidió desarticular la corriente de Priori Gordillo, quien desaparece de la escena política, y reformatear

el Movimiento. Comienza entonces para el autor la segunda fase en la que se organizan Comandos Centrales de alcance provincial. La recién reestructurada JP operó en un escenario marcado por el avance opositor que reveló debilidades del partido como la carencia de dirigentes intermedios. Había que recomponer la hegemonía pero Perón, señala Acha, no estaba tampoco dispuesto a alentar una masividad inorgánica. La situación empujó a los jóvenes a un resuelto activismo que se plasmó sobre todo en manifiestos en la prensa y también en movilizaciones en el espacio público. La segunda fase del Movimiento culmina con la intención y los planes concretos de Cooke de darle por fin un carácter decididamente político que se frustran poco después de la “ambivalente” renuncia de Perón.

“La juventud peronista en el interior” es el tema del cuarto capítulo. El autor reconstruye, a través de un minucioso relevamiento de la prensa regional, el desarrollo de la JP en algunas ciudades de determinadas provincias durante el período 51-55. Más allá de las particularidades de la inserción de las diversas juventudes provinciales en el entramado institucional y de sus relaciones con los cuadros locales que Acha intenta mostrar, la acción de los grupos juveniles peronistas aparece la mayoría de las veces atada a la coyuntura electoral. En todos los casos, además, desarrollan casi exclusivamente actividades deportivas, educativas, culturales y propagandísticas. Algunos miembros de las juventudes peronistas provinciales sin embargo llegaron también a tomar la palabra especialmente durante los meses que precedieron al derrocamiento de Perón aunque el lenguaje utilizado, indica Acha, iba a ser totalmente ajeno para la JP que se creó post 55.

El quinto capítulo aborda la actitud de la JP ante la derrota del peronismo. El autor recuerda que en el marco de un intento de pacificación luego del bombardeo a la plaza el 16 de junio del 55, el presidente propuso una “pacificación imposible” y como parte de la misma desautorizó la resistencia ante un eventual golpe. Luego del derrocamiento sin embargo se realizaron reuniones de activistas en el local de la JP de Capital y en las que participaron Cooke, Marcos, Jauretche, Saavedra y Eguren “quienes no se resignaban a la nueva situación”. El autor se pregunta entonces por qué el relato canónico de la Juventud Peronista no rescata la revigorización militante impulsada por Cooke en los últimos meses del gobierno de Perón y en los que siguieron al golpe. Una de las principales razones, afirma, fue que quien impuso la versión que pasó a la memoria colectiva fue la vertiente menos dispuesta a adaptarse a la estructura partidaria. Presenta luego el testimonio del activista santafesino Vigo que confirma que la JP fue el sector que con mayor dinamismo actuó en la lucha contra la Revolución Libertadora junto a las dos ramas del Partido y la CGT. Con respecto a la composición de clase de la primera JP, Acha considera que la dirigencia de la organización estuvo generalmente compuesta por una clase media modesta y recién luego del 55 comenzaron a integrarla miembros de las clases populares. Sin embargo, la represión clausuró esa participación y en los 60 y 70 vuelven a ser los sectores medios los más activos. Además, muchos jóvenes adquirieron identidad peronista al margen de asociaciones vinculadas al partido y se sumaron a una resistencia que se fue incrementando. La caída del sector católico nacionalista de Lonardi y el ascenso de los militares liberales reafirmó a la JP aunque nunca logró conmover la parafernalia militar y policial. De todos modos el exilio de Perón les abrió el camino y así como los jóvenes del 46-55 se mantuvieron dentro del orden institucional justicialista, los que emergieron después tendieron a afirmar su poder e imprimirle al peronismo un sentido nuevo, combativo y revolucionario.

En el último capítulo, “Pensar la JP”, Acha plantea que la decisión del primer peronismo de organizar a la juventud fue un hecho tardío y al mismo tiempo prematuro. El partido parecía o bien no estar preparado o bien hacerlo en un molde demasiado utilitario. Fue un proceso lento y contradictorio aunque no enteramente determinado desde arriba. Pero más allá de su relación con el partido, la JP expresó una novedad social mayor, la demanda de representación de la

juventud. La Revolución Libertadora clausuró su etapa fundacional pero al mismo tiempo le impuso un desafío que forjó una nueva era. La nueva JP olvidó a su antecesora como irrelevante y maquinada por funcionarios desprestigiados como Teisaire pero fue algo más que eso aunque nunca tan numerosa como la de los partidos opositores. Una legítima JP, piensa el autor, solo podría haberse constituido cuando reclamaran su cuota de poder y colisionaran con el partido y el líder, algo inconcebible. La primera JP estuvo desfasada de su propia conciencia política y su desarrollo era incompatible con “la adiposa quietud de la ‘comunidad organizada’ ” a la que se aspiraba. El peronismo quiso integrar a la infancia y a la juventud casi exclusivamente mediante el deporte. Además, la organización del pueblo en confederaciones no era compatible con una juventud con aspiraciones políticas. La asincronía entre los cuerpos orgánicos del partido y la JP se hizo evidente cuando se volvió necesaria la lucha y la movilización. La poca flexibilidad de la dirigencia para otorgarle poder a la agrupación juvenil conspiró contra su flexibilidad y crecimiento, y la primacía de la lealtad abortó un proyecto propio. Lo que sorprende, afirma Acha, no es la falta de autonomía sino cómo pudo desarrollarse en semejante contexto. Para el autor el cuestionado concepto de generación es el único que permite entender la cuestión ya que supone la asunción colectiva de la tarea histórica y política propia. Algo que fue inimaginable para los integrantes de la primera JP. La construcción generacional sí se dio, en cambio, en lo intelectual, en el sector juvenil no peronista reunido en la revista *Contorno*.

En el epílogo, el autor señala que la JP setentista pertenecía a un mundo de ideas, sentimientos y experiencias inconmensurable con el de los jóvenes que se asomaron a la vida política en octubre del 45. Las prácticas y actitudes de esa juventud serían vistas como ridículas e inútiles para las radicalizadas generaciones posteriores. La asociación con figuras desprestigiadas de la burocracia partidaria terminó de hundir en el olvido a la primera JP. Para Acha su libro viene a poner fin y dar cuenta de esa “inconsciente pero no arbitraria” omisión.

Ahora bien, Omar Acha forma parte de un conjunto de historiadores que desde diversas perspectivas se ocupan hace más de una década de la revisión crítica tanto de diferentes aspectos del primer peronismo como de las que fueron por mucho tiempo las interpretaciones hegemónicas sobre ese período. En un artículo escrito con Nicolás Quiroga en 2008, el autor de *Los muchachos peronistas* contextualiza la producción historiográfica en un proceso de normalización en el ámbito científico académico argentino que se inicia con la vuelta a la democracia y señala agudamente la presencia de un modelo democrático republicano virtual a partir del cual se juzgan límites y potencialidades de la década peronista. Propone entonces abordajes alternativos de aspectos inexplorados del peronismo que desoigan lo que la narrativa hegemónica determina que puede ser pensado y dicho sobre el tema. Cabe preguntarse si lo logra en su investigación sobre la primera JP. Como respuesta señalaremos algunas de las numerosas tensiones que vibran en su texto. En el prólogo explicita cierta pretensión de objetividad, aunque diga que es solo un efecto, que no se articula claramente con la afirmación de que pensar el peronismo es una tarea política. Indica también que con el mismo afán de distancia privilegió las fuentes escritas sobre los testimonios como si las primeras brindaran un acceso más neutral al tema. Señala también que “la imaginación literaria fue contenida en pos del rigor reconstructivo” y al mismo tiempo hace uso de una prosa trabajadísima que sin embargo la mayoría de las veces enriquece su discurso. Y en qué contribuyen al “rigor reconstructivo” el hondo dramatismo con el que narra algunos acontecimientos (“una conflagración de consecuencias impredecibles”) o el énfasis en el fracaso, en algunos casos considerado desde el origen inevitable, de la mayoría de las iniciativas del gobierno y en particular de la primera JP (“fueron subsumidos y subalternizados a las necesidades de los sujetos realmente políticos que eran los mayores peronistas”). Es inevitable observar que en Acha, como bien él lo ha señalado en otros investigadores, también opera un modelo que parece ser el de una juventud autónoma, vigorosa, famosa y de izquierda frente a la cual la primera JP

queda ridícula y capturada en una retórica del noticiero Sucesos Argentinos. Si el lector acepta la versión de Acha probablemente piense que bien olvidada está.

José Fraguas
Maestría en Estudios Latinoamericanos (UNSAM)

* * *

Geoffrey Jones & Andrea Lluch, **El impacto histórico de la globalización en Argentina y Chile: empresas y empresarios**, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2011, 296 páginas.

La obra, editada por Geoffrey Jones y Andrea Lluch, constituye una puesta al día de la producción historiográfica en Argentina y Chile sobre la historia empresarial. En general, los distintos autores que colaboraron han acordado en una periodización de la globalización más o menos establecida,² que inicia con una primera fase entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, sigue con una desglobalización entre la Gran Depresión y los años 70s, y continúa con una segunda fase desde finales de la II Guerra Mundial, aunque hoy se habla también de la recreación del capitalismo global desde finales del siglo XX.

En los últimos años han proliferado los libros dedicados al análisis de la globalización, entre los que han destacado aquellos referidos a sus orígenes, determinantes y características. Sin embargo, en su mayoría, estas obras abordaron el proceso de integración de mercados de mercancías, financieros y laborales, sin incluir estudios sobre las empresas y los empresarios, actores que, como demuestran los autores, se habían interesado desde temprano por la expansión global de los negocios. Y aquí radica, entonces, uno de los principales aportes de la obra.

El libro está articulado en tres partes, a su vez separadas en capítulos asociados a cada temática tratada, escritos por expertos en la materia. La primera de ellas está orientada al estudio de los empresarios, los grupos económicos y al gobierno corporativo, y los análisis en ella inscriptos son largoplacistas. La segunda parte está dedicada a la inversión extranjera directa, a las firmas multinacionales y a la internacionalización de las empresas, con enfoques más breves en el tiempo y que apuntaron a los estudios de caso. La tercera parte cierra el círculo de análisis al observar la relación entre empresas y el estado, con especial énfasis en el entrecruzamiento de los mundos privado y público.

En la primera parte hallados, primero, un capítulo, escrito por María Inés Barbero, tendiente a explorar las diferentes circunstancias que llevaron al nacimiento y desarrollo de los grupos económicos³ en la Argentina entre 1870 y 1990, con la idea de identificar los tipos preponderantes en distintos momentos (boom de la economía agroexportadora, período de entreguerras y desde segunda posguerra hasta 1990), determinando qué ventajas les permitieron alcanzar una posición dominante entre las grandes firmas privadas nacionales y estableciendo cuáles de los tradicionales pudieron mantenerse cuando surgieron nuevos. Entre los aportes de la

² Williamson, Jeffrey & O'Rourke, Kevin, **Globalization and History: the Evolution of a Nineteenth – Century Atlantic Economy**, MIT, 2001.

³ La autora ha tomado el significado propuesto por Khanna, Tarun – Yafeh, Yishay, “Business groups in emerging markets: paragons or parasites?”, **Journal of Economic Literature**, vol. XLV, junio 2007, p. 331.

perspectiva comparada resultó destacable que los grupos que existieron en la década de 1980, en una fase de economía cerrada y subsidios estatales a las actividades industriales, habían surgido antes de 1914, en una etapa con economía abierta y desregulada. A su vez, los casos estudiados (Devoto, Fabril, Tornquist, Bunge y Born, Arcor, IMPSA y Techint) ofrecieron evidencia acerca de las capacidades competitivas de los grupos y de sus relaciones con el estado.

Segundo, encontramos un capítulo desarrollado por Gonzalo Andrés Islas Rojas, dedicado a presentar un análisis histórico de la evolución de la estructura de propiedad y el Gobierno Corporativo⁴ de las sociedades anónimas en Chile entre 1854 y 2005. La principal hipótesis del trabajo ha estribado en dividir la historia en cuestión en tres períodos, siguiendo el patrón de “gran retroceso”,⁵ a saber, la primera era de la globalización (organización empresarial antes de la Sociedad Anónima y desarrollo posterior de la misma durante el *laissez faire*, como mecanismo para levantar fondos que financistas de diversas actividades), el retroceso del mercado financiero y el estado empresario entre 1920 y 1970, y el mercado de capitales y el gobierno corporativo desde ese punto hasta el siglo XXI (con efectos diferentes entre las primeras privatizaciones y los programas aplicados luego).

Tanto el capítulo de Barbero cuanto el de Islas han sido originales en las interpretaciones y la evidencia empírica al explicar no sólo la durabilidad de los grupos económicos en países emergentes, sino cómo ellos se formaron y transformaron a lo largo del tiempo. Asimismo, ambos autores han coincidido en que una gran diferencia entre la primera y la segunda globalización es que los nuevos grupos tienen un ciclo de vida más rápido.

La segunda parte cuenta con cuatro capítulos. El primero, cuyo autor fue Marcelo Bucheli, es un estudio de la relación entre los grupos económicos⁶ chilenos, las empresas multinacionales y la política energética en Chile entre 1913 y 2005, lapso dividido en ocho subperíodos, cuando el gobierno chileno forzó a Shell y Esso a crear un cartel con una firma doméstica como Copec, la negación inicial de las extranjeras y el colapso del arreglo cuando el estado abandonó su tradicional política proteccionista. La originalidad del estudio estriba en la ausencia de análisis previos sobre el sector petrolero, por cuanto los estudios sobre inversiones extranjeras en Chile han estado enfocados al sector minero, y en la propuesta de una agenda de investigación para el caso argentino.

El segundo capítulo, escrito por Andrés López, apunta al análisis de las empresas transnacionales en la Argentina desde el llamado modelo agroexportador hasta las reformas estructurales. Este estudio destaca una tendencia al incremento del papel de estos actores en la economía argentina, más allá de retrocesos históricos por distintos factores que el autor señala claramente.

El tercer capítulo, redactado por Javier Vidal Olivares, subraya la especial y estrecha relación, apoyada institucionalmente en distintos períodos, que se tejió históricamente en el proceso de crecimiento y expansión de las empresas y la inversión españolas en los mercados del Cono Sur durante el siglo XX, especialmente en Chile y Argentina. Según el relato construido aquí, las relaciones económicas entre estos países atravesaron dos grandes períodos de estrechas conexiones (desde 1880 hasta 1936 por el gran flujo de emigrantes, cuya apertura máxima se dio en las décadas de 1920 y 1930, y la época de la liberalización de la economía española, a comienzos del decenio de 1960), separados por una fase intermedia de relativo aislamiento.

⁴ Mork, R. & Steier, L., “The global history of corporate governance: an introduction”, **NBER Working Paper 11602**, 2005.

⁵ Rajan, R y Zingales, L., “The great reversals: the politics of financial development in the 20th. century”, **Journal of Financial Economics**, n° 69, 2003, pp. 5-50.

⁶ El autor ha adscrito a la definición de Leff, Nathaniel, “Industrial organization and entrepreneurship in the developing countries: the economic groups”, **Economic Development and Cultural Change**, vol. 26, n° 4, Julio 1978, pp. 661.675.

Finalmente, la presentación de esta parte es cerrada por Rory Miller, quien ha analiza el rol estratégico y las aptitudes de las filiales de empresas británicas en Chile y Argentina en el proceso de selección y gestión empresarial del personal. Uno de los aportes más notables del autor fue el uso de literatura académica de negocios internacionales,⁷ especializada en organización y control de subsidiarias y gestión internacional de recursos humanos.⁸

La tercera parte está compuesta por dos capítulos que proponen visiones harto interesantes en la trama de relaciones entre lo público y lo privado. En uno de ellos, Norma S. Lanciotti parte de la hipótesis de que las políticas activas del estado en el sector de servicios públicos urbanos fueron aplicadas en contextos de crisis económicas, y que la continuidad en las políticas reformistas dependió del desarrollo de las capacidades institucionales del Estado, de las alternativas de gestión privada disponibles y del grado de autonomía política. La idea que resalta es que si el estado argentino fue garante desde 1880, se transformó en empresario entre 1943 y 1955.

En el otro capítulo, Oscar Muñoz Gomá recupera las relaciones públicas – privadas en Chile a partir de 1990 desde el neoinstitucionalismo⁹ y el enfoque de la gobernanza, concluyendo en que el sector privado ha tomado más relevancia en las definiciones de políticas públicas por su conocimiento específico y práctico. El autor analizó en esta etapa los límites, conflictos y desafíos presentes en la construcción de los diálogos públicos – privados.

Finalmente, el libro es cerrado con un ensayo escrito por los editores que, a grandes rasgos, procura analizar el devenir de la economía argentina y chilena y las estructuras corporativas, incorporando las experiencias y perspectivas de los empresarios, en un estudio histórico centrado en la era de la segunda economía global.

En síntesis, la obra, fruto del esfuerzo mancomunado de distintos especialistas en historia de las empresas, insta a los estudiosos en América Latina a recuperar los debates internacionales en los temas ya tradiciones y alentar la exploración de nuevas temáticas, así como a utilizar la teoría de la sociología económica, el *management*, los estudios internacionales y la administración de empresas en la construcción de sus relatos, todo lo cual redundaría, como se prueba con la lectura de los sucesivos capítulos, en novedosas miradas sobre la región y su inserción en la economía mundial, con enfoques ciertamente originales.

Agustina Rayes
CONICET – IEHS

* * *

Mercedes García Ferrari, **Ladrones conocidos/sospechosos reservados. Identificación Policial en Buenos Aires, 1880-1905**, Buenos Aires, Prometeo, 2010, 211 páginas.

Una de las preguntas centrales sobre el funcionamiento del Estado versa sobre el monopolio de la violencia. Como es sabido, preguntarse por el rol de la policía es una de las maneras de acercarse a esa cuestión. El libro de Mercedes García Ferrari no tiene como finalidad abarcar la

⁷ Jones, Geoffrey & Khanna, Tarun, “Bribging history (back) into international business”, **Journal of International Business Studies**, vol. 41, n°3, 2009, pp. 553-575.

⁸ Bartlett, Christopher A. & Ghoshal, Sumantra, **Managing across borders: the transnational solution**, Harvard Business School, Harvard, 1989.

⁹ North, Douglass, **Institutions, institutional change and economic performance**, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

problemática en su totalidad sino mostrar cómo la identificación policial operó como un terreno de debate en el contexto de formación del Estado argentino.

Actualmente la relación entre Estado e identificación es una ecuación natural. Este libro se propone desnaturalizar tal relación e historizarla. Con este objetivo, analiza el proceso a través del cual se sentaron las bases para un amplio registro de la población, para ello se estudian la legitimidad de las prácticas identificatorias estatales, las tecnologías y los instrumentos burocráticos que se crearon y que pervivieron en el siglo XX.

García Ferrari, nos introduce en el mundo identificatorio a través de preguntas como las siguientes: ¿por qué en un Estado en formación fue tan prominente la necesidad de contar con métodos identificatorios?; ¿cómo se naturalizó la identificación como práctica de avance del Estado sobre la sociedad civil?. Para responder estas preguntas la autora encuentra dos formas de abordar el problema. En primer lugar, estudia la “construcción estatal” del sujeto a identificar, mirando el sujeto creado por el Estado. En segundo lugar, analiza la historia de la criminalística abordando las innovaciones en los métodos de identificación. La autora toma como unidad de análisis la Policía de la Capital en el período de 1880 a 1905, momento histórico en el que la Policía de la Capital se vio compelida a buscar soluciones para las tensiones derivadas de la transformación del espacio urbano porteño generadas por la inmigración y los cambios estructurales de la economía.

La obra se divide en tres partes cuyos títulos son: “La calle”, “Identificación fotográfica” y “Antropometría y dactiloscopia”. Además, en la introducción se tematiza el objeto de análisis y se especifica la metodología de análisis, basado principalmente en la indagación de fuentes primarias de la época como lo son las Memorias de Departamento General de Policía, las revistas policiales, las galerías fotográficas de ladrones y sospechosos, estadísticas y gráficos, entre otras. El notable trabajo archivo que subyace a este trabajo es quizás el atributo que más rápidamente salta a la vista. Finalmente, en el epílogo, se encuentra una breve reflexión de la temática tratada y se visualizaran nuevas líneas de investigación.

La publicación cuenta con un manejo provechoso del material fotográfico que muestra las tensiones del sistema de identificación policial, logrando un acertado diálogo entre fotografía y texto. El recorrido sobre las representaciones fotográficas no es un recorrido convencional, meramente descriptivo o ilustrativo, sino un análisis que permite visualizar la dialéctica entre fotógrafo y criminal, ilustrando el rol del método de identificación.

En la primera parte del libro se exploran las causas que según la autora explican la rápida implementación e innovación en lo que refiere a los procesos de identificación, a saber la continua transformación del espacio urbano y el crecimiento exponencial de la población, a lo cual debe sumarse la federalización de Buenos Aires en 1880. En esta sección el escenario de exploración es la “calle”, ya que allí los individuos socializan y se definen mediante sus relaciones interpersonales y de consumo. La importancia de la calle se traduce en la necesidad por parte de la policía de un cuerpo capacitado que agote mediante su presencia el espacio urbano.

La segunda parte del libro describe las nuevas medidas de control implementadas por la policía. La autora muestra cómo identificar la reincidencia se convirtió en un objetivo para extirpar el contingente de contraventores. La fotografía sería la primera herramienta de identificación dilecta por la Policía de la Capital entre 1880 y 1889. Fue en esta etapa cuando la oficina de Pesquisas generó las “galerías de ladrones”. La segunda herramienta tuvo como promotor al médico policial Agustín Drago. Bajo su auspicio, nació el retrato policial: fotografía y medidas del cuerpo. Drago impondría una metodología para la toma de fotografías, diferenciándolas del retrato comercial. Ya no se buscaría retratar el delincuente sino clasificarlo, sistematizar su perfil. Era necesario expandir la capacidad identificatoria para poder controlar los niveles criminales. Nuevamente la autora muestra las tensiones dentro de la institución

policial, ya que las galerías se siguieron editando hasta el año 1902, aunque con características más técnicas convivieron con la Oficina de Identificación Antropométrica fundada en 1889.

La tercera parte del volumen comentado tematiza la implementación de la primera tecnología utilizada en la Policía de la Capital, el Bertillonage y también del sistema dactiloscópico. En esta parte, la autora compara su caso de estudio con el de la Policía de la Provincia de Buenos Aires para mostrar las distintas implementaciones del sistema dactiloscópico. La autora detiene la mirada en el rol de Juan Vucetich (jefe de la Oficina Antropométrica de la Policía de la Provincia) y argumenta que éste vio en la dactiloscopia una manera útil de solucionar el problema identificadorio, ya que requería poca capacitación del personal y recursos básicos, como papel, tinta, madera y un rodillo.

Para poner el diálogo el libro comentado con la historiografía, deben mencionarse los trabajos de Lila Caimari, Ricardo Salvatore y Osvaldo Barreneche. Estos tres autores, entre los pioneros, han dado un impulso a la historiografía argentina en áreas ligadas a la historia del control social, de la criminología, de los aparatos estatales ligados a la policía, entre otros temas. García Ferrari ha hecho un uso fructífero de esta historiografía y propone pensar la criminología como una herramienta de la elite para controlar los peligros de la inmigración. Sin embargo, no se detiene en una lectura lineal del fenómeno y, gracias al análisis de la dimensión institucional, logra problematizar las dinámicas entre criminólogos, higienistas, policías y elites políticas.

En suma, este libro es un aporte en dos aspectos centrales. En primer lugar, detecta y analiza las causas que hicieron necesaria la innovación en materia de identificación: i) el crecimiento explosivo de la ciudad de Buenos Aires y el problema del anonimato, ii) la inestabilidad del mercado laboral y la inclinación hacia la “mala vida”; iii) la acentuada renovación de los agentes de servicio de calle, traducida en la poca capacidad de reconocimiento de la delincuencia por parte de los mismos; iv) la tendencia modernizadora por parte de las elites a través del movimiento higienista y la criminología positivista. El segundo aspecto subrayable es la apuesta a estudiar las relaciones entre la elite científica y el Estado a través de sus instituciones. Entonces, sin dudas, el libro es de referencia obligatoria para los especialistas interesados en la conformación del Estado argentino y los medios de los que se valió para lograr su dominio, pero también para quienes siguen preguntándose sobre el rol de las instituciones policiales tanto en el pasado como en el presente.

**Rodrigo Rogelio
Universidad de San Andrés**

* * *

Alicia Fraschina, **Mujeres consagradas en el Buenos Aires colonial**, Buenos Aires, Eudeba, 2010, 320 páginas.

Mujeres consagradas en el Buenos Aires colonial es una historia de las mujeres, pero también una historia social de Buenos Aires durante la colonia. Si bien a simple vista podríamos decir que *Mujeres Consagradas* es un libro sobre monjas y beatas, la obra de Alicia Fraschina se inserta justamente en los estudios de género que hace ya varias décadas mantienen un sostenido desarrollo historiográfico.

El libro recupera la vida de las mujeres en la sociedad colonial de Buenos Aires. No de todas, por supuesto, sino de aquellas que optaron por el camino de “creer”, como lo explica su autora. La obra se ocupa de las mujeres que, en los siglos XVII y XVIII y en la ciudad-puerto de Buenos Aires, eligieron o fueron compelidas por razones familiares o personales a construir una vida en comunidad, en el convento o en ámbitos particulares, pero cuya opción no las abstraigo del “siglo”. Mujeres que son consideradas por la autora como “actores sociales visibles, reconocidas por sus contemporáneos y comprometidas con su medio”, como lo explica en la Introducción del libro.

Mujeres Consagradas en el Buenos Aires Colonial es el resultado de una larga investigación concretada en la tesis doctoral de la autora. Su edición posterior, en forma de libro, la despojó de los tecnicismos propios de la disciplina historiográfica haciendo de su lectura un verdadero placer.

Ahora bien, el libro se concentra en aquellas mujeres que elegían, como forma de vida, la consagración a Dios y la vida en comunidad. Fraschina nos demuestra que, más allá del sacrificio que eso implicaba, abrazar los votos de pobreza, obediencia y castidad, y renunciar al “siglo”, no significaba un hermetismo total y el renunciamiento a todo aspecto perteneciente a la vida laical: el mundo, el “siglo” como se decía en la época, permeaba entre los muros de los monasterios. Tanto el convento de las monjas catalinas –Santa Catalina de Sena–, como el de las monjas capuchinas –Nuestra Señora del Pilar– se vieron, en los siglos XVIII y principios del XIX, afectados por los acontecimientos que tenían lugar en la vida política, social y económica de la sociedad colonial rioplatense. Los intereses de la elite de la ciudad-puerto, las reformas borbónicas y las Invasiones Inglesas irrumpieron en la clausura monacal y sacudieron la vida conventual del mismo modo que sacudían a la sociedad porteña.

Una primera aproximación al tema lleva a la autora a preguntarse sobre las primeras “mujeres consagradas” en esta ciudad periférica del Imperio Español. Ya a mediados del siglo XVII, cuando Buenos Aires era una pequeña aldea de 5.000 habitantes, una veintena de mujeres, de diversos contextos socioeconómicos, se consagraron a Dios “en refugios privados a los que, de modo diferente, dieron pleno sentido” [p. 39], a través de la cura de enfermos, la ayuda a los desamparados y el acompañamiento a los moribundos. Muchas de ellas estaban vinculadas con la Compañía de Jesús, una orden que si bien había sido exceptuada de aceptar votos femeninos tuvo, como se demuestra más adelante en el libro, una injerencia profunda en la construcción de la identidad de las beatas del Río de la Plata.

Ya en el siglo XVIII, el crecimiento de la ciudad puerto estará acompañado por la firme decisión de la elite de fundar un convento por motivos que excedían lo religioso y que incluían motivaciones sociales y económicas. Los Monasterios de Santa Catalina de Sena y de Nuestra Señora del Pilar, fueron una respuesta a las necesidades prioritarias de dicho sector. El primero, el de las monjas catalinas, era un convento de “calzadas”. Si bien el pedido de licencia para su fundación data de 1715, fue terminado recién en 1745. Un edificio construido gracias al dinero aportado por Don Dionisio de Torres Briceño, un clérigo de origen porteño que aspiraba a crear un espacio en el cual las mujeres de la elite pudieran acceder a una vida dedicada a la contemplación mediante una absoluta entrega a Dios. El segundo, el de las religiosas “descalzas” capuchinas, tiene otro recorrido. Fue fundado por iniciativa de las capuchinas de Madrid y de Santiago de Chile, un claro signo de que la orden estaba en plena expansión en el siglo XVIII. Gracias a la donación de los vecinos porteños se logra su fundación en 1749, a partir del traslado de cinco religiosas desde Santiago de Chile. La construcción de un edificio propio y adecuado para la vida contemplativa tuvo un derrotero sinuoso, concretándose recién en 1756, con la limosna de la feligresía y la ayuda del clero secular. Recién en 1795 se inauguró la iglesia definitiva. Ambos conventos contaron con la indispensable licencia real.

En este punto, la autora se pregunta por qué hubo una intención y un esfuerzo tan grande de la elite porteña por fundar estos conventos, qué significaba para este grupo social brindar sus hijos al clero. En su respuesta Fraschina sostiene que en el imaginario colonial “el convento era considerado un lugar otorgador de prestigio, donde las mujeres consagradas podían llegar a desarrollar un rol modélico para la sociedad secular y a oficiarse de mediadoras entre Dios y los hombres a través de la oración” [p. 122], pero además el convento era visto como “una respuesta a las necesidades prioritarias de ese sector [de la elite porteña]: ser custodio de la honra femenina –por lo tanto familiar- y transmisor de los valores cristianos” [p. 36].

Entre ambos monasterios había notables diferencias. Si el de las catalinas estaba destinado a las mujeres “nobles” de la elite, que contaban con una dote para ingresar a la clausura, el de las monjas capuchinas lo fue para mujeres “nobles pobres”, que no contaban con una dote, y cuya manutención provenía de la limosna que la feligresía otorgara al monasterio.

Como ya comentamos, los conventos no eran ajenos a la realidad de su tiempo. En ellos se reproducían las normas que regían a una sociedad de Antiguo Régimen, como era la porteña en el periodo colonial. La jerarquización de la sociedad se traducían en una comunidad conventual estamentaria, pese a que las Reglas de ambas órdenes sugerían lo contrario. Esto se daba con mayor notoriedad en el monasterio de las monjas catalinas, donde las religiosas de velo negro o de coro, y las de velo blanco o hermanas legas, no compartían ni la formación ni las tareas a las que estaban abocadas, ni el derecho a votar en la elección de las autoridades que regirían el convento –madre priora o abadesa y concejo-. Las monjas de velo negro eran las únicas que podían votar, mientras que las de velo blanco –en términos generales- no gozaban de ese derecho. La vida monacal, espejo de la sociedad colonial, también estaba marcada por la presencia de donadas, sirvientes y esclavos que atendían a las religiosas o tenían a su cargo las tareas domésticas del convento.

Una minuciosa reconstrucción permite a la autora afirmar que en el monasterio de las capuchinas, la organización interna era más flexible, y la estructura socio-económica de las familias de origen de las monjas, más heterogénea.

Más allá de las diferencias que hubo entre los dos “huertos cerrados” de la ciudad-puerto, a partir de 1760 la implementación de las reformas borbónicas –que aspiraban a reorganizar sus reinos en clave ilustrada- irrumpió en la clausura de ambos conventos. La expulsión de los jesuitas significó para las monjas la pérdida de sus confesores habituales. En el Cabildo de la ciudad se presentó un Plan de Reformas de Regulares entre cuyas denuncias figuraron las dotes y los censos de las monjas catalinas. Y, por último, la mayor injerencia de las autoridades diocesanas en el Monasterio de Nuestra Señora del Pilar implicó a las religiosas en un conflicto que comenzó en torno a la admisión o rechazo de una novicia sospechada de ser mulata –dato curioso si se tiene en cuenta que es justamente en las constituciones de dicho monasterio donde no estaba presente el requisito de gozar de la pureza de sangre que se requería para ser esposa de Jesucristo- un conflicto que culminó en un terrible enfrentamiento entre el obispo de Buenos Aires y las autoridades del convento.

Uno de los aportes más sobresalientes de esta obra es el estudio de la beata María Antonia de San José, de sus prácticas, de su experiencia religiosa y social. La expulsión de los jesuitas de los territorios de la Monarquía católica ha sido ya ampliamente abordada por la historiografía americana. El exilio forzoso de esta orden trajo como consecuencia, entre otras cosas, la conformación de dos facciones enfrentadas en el Río de la Plata: aquellos que no estando de acuerdo con el extrañamiento de la Compañía de Jesús continuaron un contacto clandestino con algunos de sus miembros, y por otro lado quienes celebraron su expulsión. Lo interesante del análisis de Fraschina es demostrar que, entre los que seguían forjando lazos con los jesuitas exiliados, había quienes pusieron todo su empeño en mantener vivos los principios y la religiosidad de la orden. La vida de la beata María Antonia de San José da cuenta de ello. Nacida

en Santiago del Estero y formada al calor de los ejercicios ignacianos antes del extrañamiento de la Compañía, consigue a fines del siglo XVIII seguir organizando dichos ejercicios espirituales. Con ese fin reabre y funda Casas de Ejercicios en distintos espacios del territorio rioplatense con licencia del diocesano, sosteniendo el espíritu de la obra de Ignacio de Loyola hasta el eventual retorno de la Compañía.

La urdimbre de la trama del texto es explícita, Alicia Fraschina nos conduce en la lectura a través de las preguntas que se formula en torno a distintas cuestiones. Hay que destacar que en el largo trayecto que implica una investigación de esta envergadura, la autora no eligió el camino más simple: su libro demuestra el importante trabajo heurístico que la condujo por numerosos reservorios documentales, tanto de Argentina como del exterior. Es también notoria la cantidad de bibliografía consultada sobre el tema, lo que le permitió trazar un paralelismo con lo que estaba sucediendo para la misma época en conventos y beaterios de otros espacios de Hispanoamérica.

Mujeres Consagradas en el Buenos Aires Colonial nos permite adentrarnos en la realidad de las mujeres de la colonia. Y al acercarse al análisis propuesto por la autora, el lector va despojándose de aquella visión tradicional en la cual la mujer de dicho período no tenía voz. Las protagonistas de esta historia, tanto las que optaron por una vida contemplativa como las que eligieron una vida activa desplegada en el servicio al prójimo y en la organización de los ejercicios espirituales, se propusieron y lograron transitar su existencia conviviendo en comunidad y gozando de una autonomía poco común en la sociedad colonial hispanoamericana.

María Laura Mazzoni
CONICET-Inst. Ravignani

* * *

María Inés Tato y Martín Castro (comps.), **Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina**. Buenos Aires. Imago Mundi, 2010, 248 páginas.

En la diversidad de interrogantes, métodos e interpretaciones, que la profesionalización del campo académico de estudios históricos trajo consigo en las dos últimas décadas del siglo pasado, un renglón no despreciable lo representa la renovación de la historia política. Se trata de un enfoque que pretende superar la mirada tradicional sobre el ejercicio y la distribución del poder, asentada en el estudio de los líderes y partidos, y a la vez ampliar el campo de lo político, a partir del tratamiento de diversas problemáticas, con un interés creciente en los actores, las prácticas, las representaciones y los discursos. *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina* debe pensarse como un capítulo más dentro de este esfuerzo.

El volumen incorpora tres investigaciones inscriptas en el Proyecto UBACyT F456 «Sociedad, cultura y política en la Argentina, 1910-1945», (2008-2010), perteneciente al Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Las restantes fueron resultado de las actividades organizadas en el año 2009, en el panel temático «Cuestiones de la historia política argentina contemporánea. Ideas, prácticas y cultura política», en el marco del IX Congreso Nacional de Ciencia Política, y la mesa «Dimensiones de la vida política en la Argentina a comienzos del

siglo XX: actores, prácticas y cultura política, 1900-1930», en las XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia.

El libro opera en dos niveles. En primer lugar, aporta al debate acerca de los instrumentos heurísticos, las fuentes utilizadas y las bases teóricas y conceptuales, sintetizadas en una nueva perspectiva de lo político a su vez enriquecida por elementos de la historia cultural, social e intelectual. En segundo lugar, su lectura permite una muestra del estado actual de los estudios de la vida política argentina de la primera mitad del siglo XX. Algunas de estas contribuciones identifican grandes temáticas, ya tratadas por los enfoques tradicionales, como la conformación y el desenvolvimiento del sistema democrático argentino, la construcción del Estado y la nación, las relaciones entre Iglesia católica y Estado, el proceso de industrialización, etc., a las que incorporan aspectos como la ciudadanía, las relaciones entre sociedades civil y política, la construcción y legitimación del poder político y los lenguajes políticos y simbólicos.

Ahora bien, si tanto el espíritu que alienta el volumen como el conjunto de contribuciones que lo conforman, se enmarcan en esta línea de estudios, es posible percibir, incluso desde el título, la diversidad de miradas, desde ángulos disciplinares nuevos y recortes variados.

Desde una temática no tan transitada, Sandra Gayol analiza los usos e ideas políticas de la muerte, a partir del fallecimiento y funeral de Bartolomé Mitre en 1906. Así, expresa una voluntad por acercarse sistemáticamente a su significado público y simbólico, dar cuenta de las representaciones de los contemporáneos, y a la vez de las prácticas, es decir, una exploración a la materialidad de la muerte y su comunicación pública, los espacios físicos de las movilizaciones, los rituales. Si bien, Buenos Aires tenía antecedentes de funerales masivos y movilizaciones callejeras, la muerte de Mitre adquirió una preeminencia inusitada, *¿Dónde reside su especificidad?, ¿Cómo experimentaron los contemporáneos el esfuerzo evidente de convertir el funeral en una experiencia colectiva que testimoniaba de la existencia de una comunidad emocional y nacional?* Todos estos dilemas guían el trabajo, cuyo reconocimiento exigió el tratamiento de diversas fuentes, entre las que la prensa ocupa un lugar especial, permitiendo distinguir las escenas y otorgando sentido al entramado de acciones y representaciones. Para Sandra Gayol, en el momento de la muerte y a partir de ella, quedan condensadas las ideas de heroísmo y honorabilidad, pero también, las ideas de pérdida de prácticas y valores. Ello permitió, a su vez, poner en funcionamiento una serie de mecanismos que contribuyeron a la cimentación de una comunidad nacional.

Otra dimensión de la vida política en las primeras décadas del XX, refiere a la institucionalización de la participación de los ciudadanos en la esfera pública, a partir de la puesta en práctica de la ley Sáenz Peña. Sin embargo, ésta no eliminó los canales informales de mediación entre sociedad civil y estado, más bien, fueron conferidos de un nuevo sentido de legitimidad. Estas cuestiones son trabajadas por María Inés Tato, quien analiza las manifestaciones en la ciudad de Buenos Aires suscitadas por el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

El punto de partida refiere a las razones que llevaron a los porteños a movilizarse en torno a un conflicto en el que Argentina no participaba directamente. Así, encuentra que luego de los sucesos de 1917, la opinión pública, dividida entre “neutralistas” y “rupturistas”, o “germanófilos” y “aliadófilos” se profundiza y descubre identidades diferenciadas, emergentes en las múltiples movilizaciones. La centralidad reside en la resignificación que ambos bandos efectuaron, sobre la nacionalidad, convirtiéndola en una herramienta para las batallas de la política local, a la vez que las tensiones parciales entre mecanismos formales e informales de participación, reflejaron una reactualización de los segundos: las calles y las plazas, como un territorio a disputar.

Los artículos de Martín Castro y Gardenia Vidal se colocan en la senda de los trabajos promovidos por las renovaciones en el estudio de la historia de la iglesia católica, que ponen el acento en las relaciones entre Estado, institución eclesiástica y política.

En un escenario complejo, hacia las primeras décadas del XX, Martín Castro encuentra una correspondencia entre las perspectivas de la dirigencia y la jerarquía católica, y parte de las elites conservadoras, frente a políticas educativas impulsadas por el Consejo Nacional de Educación durante el Centenario. Este acercamiento, conveniente para aquellos que lograron un lugar de influencia en la administración, no desconoció ciertos límites, tanto en la heterogeneidad de posiciones dentro del mundo católico, como en las dificultades para su concreción en el campo político.

Por su parte, Gardenia Vidal reconstruye el accionar de los Círculos Obreros de la ciudad de Córdoba, especialmente desde la prensa católica, y descubre una reactivación de las modalidades de intervención social en la década del veinte, comparado con el periodo anterior. La centralidad reside en la retórica y las prácticas organizativas católicas, que serían resultado tanto del uso de sus propios recursos, como de la presión ejercida por otras corrientes del movimiento obrero como el anarquismo y el socialismo, ya sea por un uso imitativo de las mismas como por un uso definitorio como opositores.

Desde otro ángulo de indagación, las transformaciones operadas en el sistema político y las prácticas que el proceso democrático viabiliza, son analizadas por María Silvia Fleitas, a partir del acenso del radicalismo en Jujuy. La figura de Miguel Tanco resulta central para este proceso, ya que por un lado, posibilitó la inclusión de nuevos actores, la *gente del pueblo*, y por otro, su proyecto reformista reveló un contenido social. Así, fue expresión, no solo de continuidades y rupturas en la esfera política – partidaria o reacciones de la elite política y social, también significó la incorporación de demandas específicas al estado. La lucha intrapartidaria, el discurso y la captación de bases populares, la conformación del espacio público como un campo de lucha popular, son los hilos que muestran las particularidades de la lucha política jujeña.

Por otro lado, las problemáticas acerca de las relaciones entre política y construcción de conocimiento sobre la sociedad, entre los años veinte y la crisis económica de 1930, es analizada por Natacha Bacolla desde la *Revista de Economía Argentina*.

El debate sobre los procesos de reforma de Estado y políticas de modernización, se hizo extensivo a aquellos que se presentaban como capaces de definir la situación, con una expresa confianza en la capacidad científica para accionar en el ámbito social. Así, reconstruye los itinerarios de los intelectuales vinculados a la revista, las relaciones personales, académicas y corporativas y el corpus de ideas desarrollado. Conjuntamente, se evidencia el pasaje, aunque no exento de tensiones y contradicciones, de un modo de interpretar y actuar, - de matriz positivista finisecular -, como parte de un proceso complejo de reconstrucción identitaria de ciertos sectores de las elites tradicionales.

El tema analizado tiene algunos antecedentes en la historiografía (con los que la autora dialoga en varias oportunidades), que identificaron en las políticas públicas propuestas por algunos de los miembros de la revista, un conjunto de posiciones nacionalistas de simpatías fascistas. En cambio, para Natacha Bacolla se trataba de un proyecto caracterizado por un proteccionismo selectivo, entroncado con el conservadurismo pragmático de principios de siglo, tensionado con un liberalismo laxo e ideas del catolicismo social.

Por último, el artículo de Claudio Belini explora las propuestas industrialistas efectuadas por un grupo de economistas, ingenieros y la nueva generación en los treinta, sobre la restructuración de la economía. Este trabajo debe inscribirse en la renovación, que ha experimentado desde hace algunos años la historia de la industria, combinando el estudio de las políticas públicas, las evoluciones producidas en sectores o ramas, y el análisis de la trayectoria empresarial. Su marco temporal abarca el período entre la primera posguerra y el golpe de 1943

poniendo especial énfasis en el trastocamiento que significó la crisis de 1930, donde las propuestas industrialistas efectuadas se reactivaron, al igual que los conflictos intersectoriales.

El saldo general del arqueo de estos artículos devela la renuncia a ofrecer una interpretación totalizadora del periodo, y expresar más bien, la heterogeneidad, temática y de enfoque, para, desde allí, contribuir a la comprensión de un escenario complejo atravesado por distintas problemáticas.

Lourdes Iannuzzi
(UNICEN)

* * *

Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi (comps.), **Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social**, Rosario, Prohistoria ediciones, Rosario, 2011, 194 páginas.

Reseñar la reciente compilación de Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi me ha convocado a presentar un conjunto de reflexiones sobre el texto, que omitirán el formato tradicional de este tipo de contribuciones. Eludiré entonces los comentarios puntuales acerca de los artículos que lo componen, dado que cada una de las tres secciones en las que el libro se divide está prologada por destacados especialistas que ubican los trabajos en sus respectivos marcos problemáticos y los reseñan con agudeza.

Más bien, mi contribución se propone situar la publicación y sus aportes en el panorama historiográfico de los últimos veinticinco años, haciendo foco en los estudios sobre los trabajadores y el mundo del trabajo en la Argentina y en la Historia como disciplina. Un campo de estudios que, al calor de la transición democrática, se constituyó en uno de los núcleos más convocantes de las indagaciones en el ámbito de la Historia social, pero que exhibió en las dos décadas siguientes recorridos sinuosos y complejos.

No dudo en afirmar que en la segunda mitad de los '80 los estudios sobre los trabajadores o sobre el movimiento obrero en la Argentina –provenientes en particular de la Sociología y la Historia- se configuraron como uno de los puentes que pretendieron conectar la renovación de las ciencias sociales con los años previos a la dictadura de 1976/83. La clase obrera como objeto de estudio mostraba en aquellos años una centralidad que se vinculaba, en parte, con la recuperación de temas y problemas que habían generado la atención de los investigadores en los '60 y '70 (por ejemplo, en torno al movimiento obrero en los orígenes del peronismo), y en algunos casos a una tradición anclada en el marxismo como marco de referencia teórica y analítica.

Por su parte, la atención dedicada al mundo del trabajo en el campo de la Historia como disciplina, también se vio beneficiada por la tardía llegada a la Argentina de perspectivas de análisis que tenían una extensa difusión en otros ámbitos académicos, cual fue la renovada

historia social inglesa. En particular, los aportes de E. P. Thompson y llamada “historia desde abajo” impactarían de maneras bien diversas en ese campo de estudios y señalarían algunos de los derroteros posteriores de la indagación.

En una de sus versiones, la del estudio de los “sectores populares”, aquella fructífera vertiente de análisis fue deslastrada del marxismo que era constitutivo en sus iniciadores, y se tradujo en la atención hacia novedosos aspectos de la historia cultural y social de los trabajadores, en un cambio en los énfasis que se dirigieron ahora al estudio de las experiencias, las identidades y la vida cotidiana fuera de los lugares de trabajo y en las décadas iniciales del siglo XX, tanto como en la preocupación por localizar fuentes y registros menos explorados.

Otros investigadores, desde lugares más marginales de la disciplina histórica, siguieron dedicándose a estudiar a los obreros en tanto clase. Recuperando la tradición crítica del marxismo inglés, situaron sus indagaciones preferentemente en el período posterior a 1955, comenzando a librar una disputa historiográfica y metodológica sobre la historicidad de las décadas más recientes que sólo se desplegaría explícitamente en los años siguientes.

Los estudios sobre los trabajadores adquirieron en los ‘90 un estatuto distinto. Si en los inicios de la década todavía se vislumbraban los ecos de una polémica en sordina en torno a estudiar a la clase obrera o a los sectores populares, los años del neoliberalismo relegarían los análisis en torno a la clase obrera a los márgenes de la historia profesional, en particular aquellos que se ocupaban del pos-peronismo, más o menos abiertamente cuestionados por su carácter “militante” y deslegitimados.

Los obstáculos no serían tales para quienes no traspasaron la frontera temporal que el peronismo significaba y continuaron investigando a los trabajadores dentro y fuera de los lugares de trabajo en las primeras décadas del siglo, introduciendo claves analíticas novedosas como los estudios de género, las identidades y prácticas políticas y sindicales o los procesos de trabajo en ciertas ramas industriales. A su vez, mientras la historia de los trabajadores en las décadas pos-peronistas siguió siendo, por distintas razones, una temática poco explorada por los historiadores profesionales, los principales aportes fueron provistos por investigadores extranjeros (una referencia ineludible la constituyen los trabajos de Daniel James).

En este contexto historiográfico y epocalmente hostil, la historia de los trabajadores y la clase obrera en particular de la segunda mitad del siglo XX pareció desaparecer como campo de estudios, solapándose en análisis desiguales en torno a procesos de corte regional o local, en indagaciones sobre diversas vertientes de la izquierda y/o en el estudio de las décadas del ‘60 y ‘70, en el período que luego se denominaría “historia reciente”, e incluso en la historia de la empresa y los sectores empresarios. La fragmentación entre diversos campos de estudio -no ajena, probablemente, a los derroteros de la Historia como disciplina- y el concomitante cambio en el foco del análisis coincidieron con la pérdida de centralidad y quizás contribuyeron a la invisibilización de los trabajadores o la clase obrera como objeto de estudio.

Sin embargo, esta apreciación no debe soslayar que durante estos años siguieron desarrollándose muchas veces a contracorriente algunas indagaciones de investigadores individuales, referidas a las experiencias de los trabajadores, sus prácticas y organizaciones en la segunda mitad del siglo y articuladas a emprendimientos analíticos y énfasis diversos. Entre otros aportes, los sistemáticos estudios de Daniel Dicósimo sobre la clase obrera en la industria del interior de la provincia de Buenos Aires o los trabajos de Silvia Simonassi en distintos períodos sobre los empresarios y las relaciones entre el capital y el trabajo en el Gran Rosario, resultan en este contexto significativos para ilustrar los derroteros de este campo de estudios.

Y en este punto me interesa situar la importancia de este libro en tanto es, entre otros aspectos, una cabal expresión de las preocupaciones de quienes no han cejado en la atención y el estudio de la clase obrera y el mundo del trabajo en la Argentina transitando desde los desolados ‘90 al panorama sin dudas más auspicioso de la última década, cuando estos estudios han

adquirido una renovada visibilidad y solidez. A la vez, porque representa un consistente emprendimiento colectivo que pretende recoger los múltiples abordajes o modos de hacer historia del mundo del trabajo y de los trabajadores, proponiendo sin estridencias una articulación de aquello que estaba fragmentado en un espacio de producción, reflexión y proyección en torno a esas temáticas.

El libro que aquí reseñamos es una muestra del creciente interés o del resurgimiento de los análisis sobre los trabajadores y el mundo del trabajo, tanto como de la madurez que exhibe este campo de estudios en los últimos años. Interesa señalar aquí el modo en el que dialoga con diversas tradiciones y abordajes teóricos y disciplinares en torno al mundo del trabajo, se sitúa y aporta a muchos de los debates centrales del campo, avanza en el estudio de una diversidad de períodos, casos y temáticas, combina escalas de análisis, así como indaga en nuevas y viejas fuentes documentales.

Una nota aparte refiere a los participantes del libro: a la vez que convoca a reconocidos especialistas por sus aportes a dicho campo, que contribuyen con sus comentarios a las secciones que componen el libro, y se nutre de los trabajos de investigadores con una señalada proyección de su producción, incluye en igualdad de condiciones a investigadores –la mayor parte de ellos jóvenes- que están transitando diversos estadios de su formación profesional y académica. En tal sentido, se constituye no sólo en un puente entre los diversos modos en los que se hizo y se hace historia obrera o de los trabajadores en la Argentina, sino en un puente entre diversas generaciones, que no pierde de vista que la renovación disciplinar y de las miradas y abordajes sobre este y otros campos de análisis remite muchas veces a la inclusión de nuevas generaciones de estudiosos de la problemática. Finalmente, y no menos importante, da cuenta de la fecundidad de los espacios colectivos y democráticos de producción y debate, no necesariamente muy difundidos en el ámbito académico argentino.

En este nuevo contexto historiográfico, donde vuelven a discutirse agendas de investigación que recolocan en un lugar central a los estudios sobre los trabajadores y el mundo del trabajo, la compilación de Dicósimo y Simonassi se ubica como una propuesta consistente para delinear los derroteros de la indagación en ese campo de estudios, del mismo modo en que avanza en la construcción de explicaciones más densas y complejas sobre aspectos fundamentales de la historia social del siglo XX argentino.

Gabriela Aguila
Universidad Nacional de Rosario / CONICET

* * *